

Cuadernos de N6cturno



Gonzalo J. Bartha

Serie  La Pecera

Ilustración de tapa: «Amor sordo» de Urimal

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723 de Propiedad Intelectual. Prohibida la reproducción sin autorización del autor/a

IMPRESO EN ARGENTINA

© EDITORIAL MARTIN - 2007

ISBN: 987-543-000-0

Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Multicopy
sitos en calle Catamarca 3002 de la ciudad de Mar del Plata,
en junio de 2007

Gonzalo J. Bartha

Cuadernos de Nócturno

(2007)



Serie la Pecera



Mi música

Esta es la virtud de intentarlo.
Se trata de un movimiento continuo
por voluntad propia
o por complejas convergencias
de fluctuaciones y actitudes.
Son fragmentos.
Un sueño reiterativo
acuñado en la yema de los hechos que han sido:
tienen la forma de los recuerdos cotidianos,
la ciudad que habito, sus líneas rectas
y la fortuna de un espiral caótico:
su centro contengo desde el comienzo.

Tanteo diferentes alternativas.

Observo
cada cosa que amo y desprecio;
la manera de combinar
los siete días de la semana
en el pentagrama de todos ustedes.



Bitácora de una Suite

en cinco movimientos

(o seis)

1)

¿Quién?

¿Donde?

Lo verdadero

no tiene forma.

Ese es el secreto.

Por momentos
perdés la capacidad de reconocer la belleza
y preferís sentirte en otoño
un narciso enterrado
en maceta de balcón.
Es una cualidad inútil
que aprendiste de chico
como tantas otras cuestiones:
tenés la virtud, o la desgracia,
de comprender ciertos huecos
en el acuático mapa del tiempo.

A penas braceás contra corriente.

2)

El grano de polvo
guarda su propia forma.

Un desierto plural
con establecidas diferencias....

Sin embargo vemos arena.

Te tocó crecer
en una época incierta,
donde las cosas no son para siempre.
Una época de trayectos interminables
y de formas extrañas,
donde los valores
son como las formas,
y un tango
escrito en la década del 20'
tiene vigencia cotidiana.

Ciertas cosas
modifican su sentido
pero siguen siendo iguales.
Son puntos de referencia
como las estrellas del navegante.

3)

Laten presentes pasados...

Terrores cotidianos

necesarios

para elegir un camino

ni bueno

ni malo

Escuchando

«*Underground Cocek*» de Kusturika,
saliste al balcón del 5to
para pitar un cigarrillo
mientras el agua se calentaba.
Abajo, en los techos plateados,
un vecino y su esposa discutían:
ella tenía una bolsa
llena de comida y desperdicios.
La vaciaba en el piso del parque
para que coman los perros.

El marido le gritaba:

«... me tenés las pelotas por el piso...»

Ella ni siquiera lo miraba
y seguía vaciando la bolsa.

Ese día entendiste muchas cosas

y descubriste un estilo de vida
y un estilo de cine.

4)

¿Cuál es el silencio correcto?

¿Cuál es el lugar indicado?

La llave gira,

siempre,

hacia el mismo lado.

Era un sábado por la mañana.
Un sábado soleado
que se convirtió
junto con el fuelle de Pichuco
en un recoveco neutro del laberinto.
A cortas pitadas consumías
el tiempo sujeto en la pava de mate
y escuchabas
otros vecinos laberintos.

«... qué carajo es todo esto? ...»

La respuesta fue tan blanca
como el pedazo de papel sobre la mesa,
y lo único que pudiste hacer
para recuperar el centro de la circunferencia
fue poner ese papel
perpendicular a tu panza
y explicar, por ejemplo, que:
Era un sábado por la mañana.
Un sábado soleado...

5)

El navegante no teme.

Sabe que las estrellas

se hacen presentes

en el cielo

cada noche...

La mejor partitura
fue reconocer tus proyecciones
y sacarte ese traje
de sensaciones zurcidas
con ansiedades de todos
y terrores de cada uno.
Dejaste los objetos de transición
y los referentes poco creíbles
diseminados en el raro límite
de tu «personalidad».

Ya no te sentís
un receptáculo de neurosis y obsesiones,
de límites convencionales
caprichosos e infantiles.

6)
*«...cada uno decide sus caminos.
El pavor de la libertad.»*

Épocas diferentes

Será porque nadie es
profeta en su tierra,
no te va para nada bien.
Será la época,
(ya lo pensamos),
o será tu carta astral.
También es posible cotejar
un pequeño desacuerdo
entre puntos de partida,
puntos de llegada,
y un camino
para nada maquiavélico.
Como sea,
te persigue ese sabor
a lupines mal cocidos.

En aquellos años
obscenos
destilamos
nuestro almizcle adolescente
sin culpas.
¿Te acordás?
y descubrimos que la culpa
es una sutil convención
que practica la gente.
El mundo era

una maqueta de cartón
estilo Walter Gropius
o Mies van der Rohe
¿Pero
te acordás que
descubrimos
otra cosa?
En realidad
es hoy, ahora,
cuando tenemos la capacidad
para entender.

Director de orquesta

Hay una gran diferencia
entre vestir frac y revolear la varita
a convertirse paso a paso
en director de orquesta.
La primera cuestión, básica,
(se descarta el hecho
de saber leer partituras)
es aprender a dibujar
un gesto de genio y profeta
golpeando tres veces el atril.
Segundo, es reconocer
la correcta ubicación
de los objetos cotidianos;
y que los solistas
estén cómodos y preparados
cuando comience la obra.
Casi, casi, te diría que
hay un punto clave,
y en eso radica todo:
interpretar la orquestación.
Es la tercera prioridad.
Si alguien se equivoca
tratá de disimularlo de la mejor manera;
hacéselo saber más tarde
atrás del telón, con amabilidad.
Y cuando la sala quede vacía

no te olvides de apagar la luz,
activá la alarma
y cerrá la puerta,
con dos vueltas de llave.

ciertas semejanzas

De la misma forma
en que Josué utilizó el shofar
para derribar las murallas de Jericó,

*«... Una tarde de diciembre fuimos enormes
jeroglíficos grabados en el canto de una luna
donde el azul azogue reflejaba del cielo
la dorada llanura del centeno,
el marfil desintegrado de la espuma,
una mesa, dos sillas. Un árbol
de frutos rojos y leñoso tronco
(el verde, no era el verde que todos sabemos)
buscaba su propio compáz en el viento...»*

Creo que
a partir de ese día,
fuimos atravesando en el correr de los años
volúmenes de otros líquidos
calados en la memoria del hueso.

Aquel que
es lo que es,
aquellos que
son lo que son,
el tiempo,

el lugar
y la gente;
nos permita saber qué hacer,
cuando el líquido desaparezca,
se derrame o evapore.

Konia

La ortogonalidad de las calles
sugería un bosquejo ridículo
escuchando el ney de un andrajoso personaje.

Fue la dulzura del instrumento,
su quejumbroso lamento a través del cáñamo,
el sol, la tarde, los pájaros
inmóviles sobre una rama.
(Mucho tiempo después comprendí
que no existen las casualidades)

En el bolsillo de mi gamulán
llevaba releendo una copia
del «Hadiqat'ul – Haqiqat»
escrito por Hakim Sanai,
allá, en el Siglo XII:
«...tú mismo eres ese camino...
ponte en marcha por Él.»
sentenciaba la contratapa.

Recurrí con singular torpeza
a la sinestecia modernista
y a una ráfaga imprecisa
de figuras rehusándose a las patrias
a un lenguaje de timbres y colores,
abstractos, quiméricos:

« - ... el «*Pierrot Lunaire*» de Schöenberg... - »

Como los otros jinetes
traté de comprender cómo oigo lo que oigo.

